

José Saturnino Martínez García
Estructura social y desigualdad en España

Libros de la Catarata, Madrid, 2013

Este libro de José Saturnino Martínez tiene la virtud de enseñar al público no especializado las complejidades de la desigualdad social, lo que en sociología se llama la estructura social. Sin alharacas eruditas y sin dejar de lado la complejidad de las teorías y la investigación empírica sobre la igualdad, tema central para las sociedades modernas democráticas y para las ciencias sociales, en especial la sociología. El libro podría decirse que está a medias entre un manual universitario introductorio (muy apto para los cuatrimestres del EEES) y un inteligente ejercicio de divulgación sociológica que sintetiza, con buenos argumentos y certeros ejemplos, los hechos y explicaciones disponibles sobre la situación y los cambios en las desigualdades sociales de España en los últimos decenios, con las implicaciones ideológicas y políticas inherentes al tema.

El autor comienza advirtiendo que las clases sociales existen, siguen existiendo, pese a que haya casi desaparecido el interés de la sociología por ellas después de la caída del Muro de Berlín y los vientos posmodernos. Las clases sociales son el tema central que recorre la reflexión de Martínez a lo largo de los seis capítulos que componen esta pequeña obra, apenas 160 páginas, dentro de la serie “Dilemas de la socialdemocracia” que dirige Ignacio Urquiza en los Libros de la Catarata. Un título más adecuado hubiera sido, quizá, *Las clases sociales en la España actual*, pues son ellas las protagonistas en estos momentos de crisis persistente y permanente que ha hecho aflorar en calles y plazas situaciones de pobreza y miseria que ya se creían superadas. El objetivo es, en palabras del autor, “mejorar la calidad de la ‘conversación’ sobre la crisis y la desigualdad” (p. 12) con datos originales y argumentos poco presentes en los medios de comunicación. Objetivo que logra con creces, a mi juicio, pues contrarresta la tendencia de los medios de comunicación a la simplificación fácil —y a la falacia de la generalización apresurada— poniendo de manifiesto las diferencias de clase de colectivos sociales mediatizados como los jóvenes o las mujeres. Martínez García afronta las implicaciones ideológicas y políticas de los debates en torno a las desigualdades sociales, pues no en vano estuvo ligado a la “fontanería” de Moncloa durante la época de Zapatero, incluso cuando este negaba *urbi et orbi*

la crisis financiera de la que, en sus palabras, saldrá otra España “cualitativamente diferente a la España previa” (p. 11).

¿Cómo abordar en tan poco espacio un tema tan complejo —las desigualdades sociales— y con tantas facetas y matices? Martínez va mostrando que detrás de todas ellas están las clases sociales, sin que ello implique necesariamente la conciencia de clase o “clase para sí” de la que hablaba Marx y los neomarxistas. Los capítulos recorren los territorios de la desigualdad en la España actual a partir de un mapa teórico inicial (cap. 1) que sitúa al lector en el debate ideológico y político sobre las desigualdades, para atender sucesivamente a los cambios en la demografía española con la aportación de emigrantes y el envejecimiento de la población (cap. 2), el mercado de trabajo (cap. 3), los grupos de edad (cap. 4), los sexos (cap. 5) y la educación y el capital cognitivo (cap. 6).

Cada uno de los capítulos podría ser objeto de un tratado independiente de mayor volumen, detalle y enjundia, pues todos los temas constituyen campos especializados de las ciencias sociales, algunos con larga tradición de investigación empírica y debate teórico, como sucede con las teorías de las clases sociales o el fracaso escolar y el papel de los sistemas públicos de educación. Pero la virtud de este pequeño gran libro es tratarlos todos juntos en la medida en que son elementos siempre presentes en los discursos mediáticos y políticos, y conforman las diferencias ideológicas en torno a la riqueza, el poder y el prestigio.

El primer capítulo, “Diferencia y desigualdad”, es un magnífico ejercicio de síntesis y divulgación de la sociología de la desigualdad, presentando el debate entre la tradición individualista, para la cual las preferencias de los individuos forman parte del ámbito privado y el Estado debe permanecer al margen, y la colectivista, para la cual las condiciones sociales determinan las oportunidades de los individuos y se requiere la acción pública para equilibrar y compensar las desigualdades. El debate sobre la diferencia y la desigualdad, pues toda desigualdad es la sanción social de una diferencia, ha centrado el debate ideológico, teórico y político de las democracias. Especialmente en lo referido a los mecanismos que forman las preferencias que pueden, o no, convertirse en desigualdades sociales: “si el hijo de un obrero prefiere ser tornero a ingeniero industrial ¿es diferencia o desigualdad?” (p. 21). Para la escuela del capital humano de Becker lo importante son los recursos de los que disponga el individuo y esto determinará sus preferencias, dejando de lado los aspectos subjetivos. Para su oponente en la sociología, las preferencias se forman en la familia, la escuela, los medios de comunicación, etc., por lo que son productos socialmente diferenciados, como señala el concepto de *habitus* de Bordieu, sociólogo de cabecera del autor, quedando el libre albedrío reducido a la ignorancia de las determinaciones sociales de gustos y preferencias. En torno a si las preferencias son endógenas o exógenas se polarizan los argumentos y se establecen fronteras entre explicaciones biológicas, económicas, sociológicas o psicológicas, detrás de las que subyacen cuestiones ideológicas, filosóficas y morales.

Pero a la sociología no le interesa tanto el origen de las preferencias como los efectos agregados de estas en las condiciones de vida de las personas (p. 26), lo que conduce inevitablemente a las clases sociales: la inserción laboral y la remuneración económica. Martínez sintetiza con acierto las diferentes tradiciones sociológicas sobre las clases sociales (marxistas y neomarxistas de Wright, neweberianos de Golthorpe, los funcionalistas y sus escalas de prestigio que tantos rendimientos empíricos producen, las mediciones de los cuantiles de

rentas de la población) para concluir, con gran acierto que, pese a las sutilezas académicas, al final siempre encontramos una clase alta, otra intermedia y otra baja, cuyos tamaños relativos y las distancias en oportunidades de vida entre ellas son las bases de diversos conflictos sociales o acciones políticas. Finaliza el capítulo con un ejercicio mental, la fábula de Fabrizio (*habilis*) y Ludovico (*ludicus*), que ilustra las dificultades prácticas que suscitan las diferencias entre habilidades y preferencias entre individuos y los problemas que plantean para organizar un orden social liberal o socialista.

Los siguientes capítulos son más novedosos pues señalan las importantes transformaciones de la sociedad española y cómo emergen de ellas líneas de desigualdad de clase, usando datos procedentes de explotaciones propias de fuentes del INE. Así, el capítulo 2 da cuenta de los cambios en la composición de la población española en los últimos 30 años: natalidad, mortalidad, fecundidad y pirámides de edad reflejan estos cambios, a los que hay que añadir las migraciones: tanto los flujos de inmigrantes como, más recientemente, los emigrantes movidos por la crisis. De especial importancia es el cambio producido por la incorporación de las mujeres al mercado de trabajo pese a las dificultades de conciliación de la vida laboral y familiar. Martínez no se limita al análisis de los datos, pues busca ver los efectos sociales y políticos de los cambios demográficos, especialmente respecto a la inmigración y los extranjeros, que han sido objeto de campañas políticas e ideológicas y de debate mediático.

Advertidos de los cambios en la composición de la población española, el capítulo 3 trata del mercado de trabajo y la desigualdad económica, con lo que tropezamos de nuevo con los debates ideológicos y filosóficos: Nozick y Rawls del lado de los liberales que premian los efectos positivos de la desigualdad, frente a los críticos que atienden a los efectos negativos de la desigualdad en las sociedades haciendo hincapié en las virtudes de la redistribución política de los recursos. Aunque saber con certeza si las desigualdades sociales han crecido o decrecido en el planeta aún no parece posible, sí hay consenso sobre el crecimiento de la desigualdad en los países ricos de Occidente, como Reino Unido, Estados Unidos o Alemania, si bien las explicaciones pueden poner el acento en efectos no queridos como la globalización o en efectos buscados como las decisiones políticas de corte liberal: privatizaciones, desregulaciones, pérdida de poder sindical. El balance de España es conciso y brutal: más pobre y más desigual. La desigualdad hoy ha retrocedido a los niveles de 1980 en los que el 20% más rico tenía casi 7 veces más ingresos que el 20% más pobre: “en riqueza retrocedemos una década, pero en desigualdad, tres” (p. 67). Los cambios en el mercado de trabajo y en la estructura productiva española dan pie al autor para entrar en el debate político: ¿las altas tasas de paro son producto de la rigidez del mercado laboral o de la estructura productiva española que demanda empleos de baja cualificación? Empleo y paro no afectan por igual a toda la población y las credenciales educativas son un seguro contra el desempleo, pero no frente a la pérdida de poder adquisitivo. Martínez usa aquí un esquema de “clases laborales”, pero lo importante es no perder de vista que el paro afecta a unas ocupaciones más que a otras, lo que en la actual crisis se ha traducido en una masculinización del paro, debido especialmente a la destrucción de empleos en la construcción. A la luz de la información aportada en las tablas, parece más plausible achacar el desempleo a las deficiencias de la organización económica y a los intereses de la clase empresarial, que a una legislación laboral progresivamente degradada en derechos.

Los siguientes capítulos desmenuzan las complejidades de los grupos de edad y los sexos, muy presentes en las simplificaciones mediáticas. El capítulo 4 pregunta “¿Cosas de la edad o de la posición social?”, dejando claro que no se puede hablar de “ni nis” en general y que es engañoso hacer afirmaciones sobre jóvenes sin atender la posición social de sus familias, que marca importantes diferencias en oportunidades y reproduce las desigualdades sociales. Los mileuristas, otra feliz etiqueta mediática que de estigma ha pasado a *desideratum* como efecto de la crisis actual, también están relacionados con el género y la clase social, afectando más a mujeres de clase alta y estudios superiores. Saben a poco los apartados dedicados al envejecimiento, con la polémica política de las jubilaciones y las pensiones relacionadas con las diferencias de clase en esperanza de vida y salud, y especialmente el de la infancia, grupo de edad poco presente en la sociología y en el debate público.

El capítulo 5 debate el sexo y el género, que no son dos y que no son lo mismo. El autor aclara las dimensiones biológicas del sexo (al menos con tres opciones) pero especialmente las relacionadas con las identidades sexuales, los roles y las preferencias sexuales que han sido objeto de fuertes controversias y movimientos sociopolíticos en busca de reformas legislativas e institucionales, señalando al enfoque Queer, de moda en la academia, que disuelve el género y sus problemas. Interesante es su discusión de los feminismos, y su ejercicio didáctico para que la diversidad de los planteamientos feministas no quede oculta bajo en foco de la atención mediática hacia el feminismo radical de repulsa a lo masculino (y a lo que se considere tal, entre otras cosas curiosas, el método científico). Son muchos los temas tratados en relación con la igualdad entre sexos: los efectos del patriarcado blando que goza de buena salud en España, las diferencias de intereses, actitudes y preferencias entre géneros, el reparto desigual de dependientes y trabajo reproductivo, los problemas de conciliación de la vida familiar y laboral, presentando un interesante escenario que combina trabajos buenos y malos con familias buenas y malas. La presencia y dureza de los techos y las paredes de cristal tienen que ver con lo anterior y, en general, con la existencia de políticas de igualdad y la orientación ideológica de las mismas. Las implicaciones políticas son importantes, pues de nuevo aparece la cuestión de si el Estado ha de entrar en la formación de las preferencias, en este caso, las de hombres y mujeres, con los ingredientes polémicos ya conocidos de argumentos basados en la biología o en la cultura.

Por último, el capítulo 6 se ocupa de las desigualdades educativas, otro tema candente de los debates políticos e ideológicos en el que Martínez García es reconocido experto. Después de un repaso a las posiciones en debate en la sociología de la educación, el autor atiende a la radical transformación de la educación de los españoles en 30 años, eliminando el analfabetismo y multiplicando por 5 la proporción de universitarios. Muy interesante el dato de que la LOGSE aumentó la dificultad de los estudios (y por ello, el fracaso escolar), en contra de lo que se da por supuesto en la opinión pública y el debate político, así como la afirmación de que el dilema entre formación profesional y universidad es falso, y que la alternativa a la ausencia de una FP adecuada es el aumento del fracaso escolar. Otro de los errores sobre la educación española que aparece con frecuencia en la prensa es que nuestro sistema educativo es peor dado que España aparece mal posicionada en los informes PISA de la OCDE, cuando lo que sucede es que las exigencias del sistema educativo español son mayores que las de los países de nuestro entorno. Las diferencias entre hombres y mujeres en fracaso

escolar quedan explicadas atendiendo a los costes adicionales que el trabajo doméstico supone a las mujeres si no estudian, que no afecta a los varones, y dado que el nivel de estudios permite a las mujeres una vía de movilidad social.

Son muchos los temas que quedan sin tocar en este libro, pues también son muchos los temas que se analizan con rigor y aportando datos que deberían eliminar estereotipos y falacias del discurso público. El autor hace gala de una meritoria honestidad intelectual, no solo al mostrar las diferentes posiciones teóricas (o ideológico-políticas) con habilidad didáctica y claridad expositiva (lo que hace del libro un buen manual introductorio), sino al plasmar las debilidades teóricas o empíricas de las opciones por él preferidas. Frente a la tendencia creciente al *marketing* político, el autor no trata de “vender”, ni tan siquiera de convencer, sino de informar y formar: argumentos y datos, ambos de gran solidez pues no en vano el autor ha tenido los buenos maestros que ha tenido, son la mejor tarjeta de presentación de este original libro de divulgación sociológica al servicio del debate público informado.

TERESA GONZÁLEZ DE LA FE
Universidad de La Laguna
tgdelafe@ull.es